

que alguien es «un creativo»?

Ahí el panorama cambia por completo. La primera foto que imprime la mente suele estar asociada a un atorrante que viste ropa extraña de la *Bond Street*, tiene algún tattoo tribal en el antebrazo y luce barba descuidada de cinco días. Obviamente no madruga nunca, escucha música rara y anda por la vida con una permanente actitud de desgano que seguramente indica que no le importan los amigos, la pareja, los padres, los vecinos, los compañeros de laburo ni las mascotas de la abuela. Y por supuesto...vive drogado, fumando porquerías por ahí o tomando pastillitas de colores en cuanta fiesta de música electrónica haya. Es rara la dicotomía: La creatividad -en tanto asociada a una acción- es admirable, pero asociada a una persona, es algo de temer.

Y acá estamos nosotros, los docentes de las carreras de comunicación, en el medio de esta disyuntiva. Formando a gente que quiere ser creativa, y que (desde que tienen memoria) reciben la monolítica consigna de que en el trabajo, la pareja y la vida hay que ser...sí, acertaron: creativos. Esta consigna cae como gota de agua en la cabeza a través de todos los grifos mediáticos existentes (radio, televisión, revistas, Internet, vía pública y hasta mensajes en los baños). Incluso mi madre la suele repetir como lorito cuando intenta mostrarse como «vieja piola», para que yo (en este caso el «nene», aunque acuse 38) le suba la calificación de un correcto 4 a un orgulloso 7. Todo muy lindo, muy loable. Pero para los que trabajamos en la formación de futuros profesionales creativos ¿de qué hablamos cuando hablamos de creatividad?

Es indudable que para mover efectivamente los hilos de la comunicación hay que tener información, capacidad de análisis, y objetivos claros. Sobre cada uno de estos aspectos hay una abundante cantidad de apuntes, teoría, autores y exposiciones, necesarios por cierto, pero (según la humilde opinión de este docente) insuficientes. ¿Será suficiente aportando visiones de otros autores? ¿Tal vez con más apuntes y más ejercicios? ¿Una mayor profundidad en los temas a desarrollar? No es ese el planteo. Lo que este docente pide (aflojándose la imaginaria corbata que jamás usó) es que enseñemos a los alumnos a...jugar.

Sí, eso. Jugar. El proceso creativo es creativo en tanto tengamos la decisión de ir por caminos no transitados, de asociar libremente, de preguntarnos ¿por qué no? en lugar de ¿Por qué? Es una sana rebeldía, necesaria, y definitivamente imprescindible en el ámbito de la publicidad y del diseño. Observo a menudo alumnos educados en la idea del «así no», que con el correr de los años terminan convenciéndose de que hay un solo camino para hacer las cosas bien: el que se les indica.

En este proceso se pierde irremediamente el principal motivo por los que un redactor o un diseñador se relaciona con las palabras o las imágenes: jugar. Y dentro de esa pérdida, se produce otra tal vez más grave: la del estilo. Con lo cual terminan siendo excelentes «copiadores» de lo que ya se hizo, pero con serias limitaciones a la hora de explorar caminos nuevos y plantearse desafíos. ¿Cómo lograr que de «copiadores» pasemos a formar «hacedores»?

Yo tengo el convencimiento de que se logra cuando a los alumnos se los incita a perder el miedo, se les da confianza y se comparte con ellos el espíritu de la profesión. O lo que es lo mismo: se los invita a jugar. No es este planteo una falsa dicotomía entre «educación formal» y *happy hour* creativo

con alucinógenos gratis», lo que este autor plantea es agregarle un poco de espíritu rebelde a la educación formal. Es extraño ver que cuando a los alumnos se les ofrece total libertad muchos de ellos terminan pidiendo casi de rodillas determinadas reglas de juego (de redacción, de diseño, o de lo que sea). Es necesario conocerlas, pero tan necesario como eso, es ponerlas constantemente en duda y buscar otros caminos. Un profesional creativo debe jugar a inventar nuevas reglas de juego. Si no, no sería creativo, sería un *data entry*. No sería original, sería copia. Juguemos. Re-enseñemos a jugar. Porque todos llevamos un nene adentro, pero sólo los creativos que hacen trabajos memorables saben sacarlo a la luz.

## Cultura y diversidad

Silvia Garay

La globalización trajo consigo importantes transformaciones en las sociedades. La interpenetración creciente de mercados y comunicaciones generó cambios importantes que marcan una desterritorialización y el desplazamiento de la importancia del espacio geo-político al geo-económico y cultural.

Si bien la noción de espacio refiere a algo totalmente definido e identificable, el espacio cultural es un concepto complejo ya que en el marco de la globalización no se limita a un territorio geográficamente definido, sino que nos lleva a otros que no son territorialmente ubicables.

Dado este contexto, la cultura tiene un lugar protagónico en tanto marca un referente que tiende a diluirse desde lo geográfico.

La cultura es un patrimonio acumulado por un lado y en una dimensión más amplia e intangible da respuestas al hombre sobre el sentido personal y colectivo a través de creencias, saberes y prácticas; finalmente es el vehículo de la dinamización y conformación de las sociedades y con ello la expansión de las identidades.

La identidad como proceso en el tiempo es una construcción nunca acabada que se va formando por dinámicas propias y por múltiples miradas y perspectivas exógenas. Esto tiene que ver con la manera en que los individuos se perciben a sí mismos y a los otros, como también su forma de relación con las instituciones.

Dentro de los cambios que vive América Latina, la cultura es un factor importante para la configuración de cada sociedad y de cada región con modelos propios de modernidad constituidos a través de planes políticos efectivos que deben llevar al reconocimiento de la historia propia, a la conciencia de formar parte de un proyecto cultural, de un estilo de vida y una sociedad por diversos que sean sus componentes.

La diversidad cultural tiene múltiples formas de expresión incluyendo lo multiétnico, lo multicultural, lo religioso, la pertenencia a clases y categorías sociales, género y edad, etc. La presencia de la diversidad es más fuerte en sociedades donde las culturas originarias tienen mayor permanencia histórica que en otras que se ven a sí mismas como homogéneas habiendo menos tolerancia por la diferencia.

Ante esto, la problemática principal se plantea al preguntarse y dar respuestas a cómo se vive en un mundo intercultural; allí donde cada identidad debe actuar con otras en un espacio común permitiendo la interacción entre culturas y una

interpenetración dentro de un marco más amplio de pluralidad y diversidad cultural promovido a través de la educación, las leyes, las lenguas y los símbolos. De esta forma el hombre, resignifica los elementos de su pasado y se proyecta hacia el futuro, modificando su presente.

Este planteo se da en todas las sociedades, sin embargo pareciera ser en América Latina más visible por el mestizaje producido.

El mestizaje se torna para nosotros como el eje de otra problemática que puede generar la dilución de una cultura original por integración a la cultura dominante o la formación de ghettos como lo plantea el multiculturalismo.

Este modelo deberá dar cuenta de la diversidad como así también de las potencialidades comunes que permitan a cada país insertarse en el mundo globalizado evitando la sumisión a un modelo que inexorablemente lleva a la estigmatización de un pueblo y de la persona. No aceptar dentro de los planteos mencionados el concepto de diferencia como juicios inconciliables sobre un mismo objeto ya que lleva inexorablemente a la discriminación.

“La discriminación no es solo irracional por apoyarse en una ideología injusta y acientífica, sino porque elimina o mutila una parte significativa del patrimonio simbólico de un país, sin detenerse siquiera a estudiar lo que excluye y destruye. La actitud racional pasa por considerar todas las alternativas que se presentan en un espacio, y no por quedarse con unas pocas, que para peor proceden de otros contextos socio-históricos y han resultado por lo común un fracaso, si se relaciona los recursos invertidos con los resultados obtenidos”. Colombres Adolfo, (1994): 228.

La educación debe hacer conciente la convivencia de dos o más culturas, haciendo entender que no hay privilegio de unas sobre otras, que cada una lleva implícitos determinados valores y símbolos que convergen en una identidad.

Es tarea inmediata recuperar el diálogo desde la óptica del interculturalismo, rescatar a la persona, al sujeto colectivo y a la comunidad para construir nuevos modos de relación sin homogeneizar las diferencias que legitiman procesos de supresión de las mismas.

### Bibliografía

- Colombres Adolfo, (1994): *América como civilización emergente*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Garretón, Manuel Antonio, (2003): *El Espacio Cultural Latinoamericano. Bases para una política cultural de integración*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Zigmund (2000): *Comunidad*. Buenos Aires. Siglo Veintiuno, 2003

## El desafío de la apatía

Gastón Garriga

“¿Para qué me sirve aprender A si yo me voy a dedicar a B?”.  
“¿Para qué quiero aprender X si yo voy a ser Y?”. A diario los docentes, especialmente si dictamos las materias llamadas “teóricas”, nos encontramos con este tipo de actitud. La indiferencia y el desgano de nuestros estudiantes nos llevan a plantearnos nuestros propios interrogantes: ¿Es reversible este proceso, tan multicausal que nos excede?, ¿Qué se puede

hacer desde el aula?, ¿Y si fracasamos, que será de estos jóvenes de veinte años prematuramente apáticos, dentro de diez o veinte más?, ¿Qué clase de profesionales, ciudadanos o personas serán?

La pregunta es, a mi criterio, tan amplia que su respuesta excedería este espacio, además de requerir una profunda elaboración colectiva. Creo que plantearla sin ambigüedades constituye ya un avance. “Las palabras son las herramientas a través de las cuales nos representamos el mundo. Quien maneja un vocabulario pobre, percibirá un mundo pobre, imaginará y proyectará pobremente”, sostenía una candidata, hablando de educación, poco antes de las elecciones. La transmisión del saber entre docente y estudiantes se dificulta, porque el estudiante en muchos casos carece de ciertos saberes previos necesarios. Y es el saber, la experiencia del saber, la que despierta la llama del ansia por saber y conocer. Quien no sabe siquiera de la existencia de un universo de conocimiento disponible, no es conciente siquiera su propia oscuridad.

La premisa central de este trabajo –tributaria de muchos estudios pedagógicos más profundos y extensos– es que el supuesto básico sobre el que se sostenía la actividad de enseñanza y aprendizaje se ha roto. Este supuesto, por lo general tácito, sostenía que el docente era depositario de un saber y tenía la misión de compartirlo con sus estudiantes, que estaban ávidos por recibirlo y completar dicha transferencia. La sola presencia de los estudiantes en el curso era señal de esta avidez. Hoy y hace algunos años, a diferencia de lo que sucedió durante los siglos XIX y XX, este supuesto debe, al menos, ser puesto en duda. Si hay franjas de la población cuyos niños asisten a la escuela para poder comer, hay otras en las que los jóvenes concurren a la universidad para prolongar su adolescencia, para cumplir un mandato familiar o, sencillamente, por inercia. Claro, aprender requiere otro tipo de compromiso: Una escucha activa, un seguimiento atento de cuanto ocurre, y tal involucramiento no puede darse sino con una conciente voluntad de aprender (y aprehender). Parte de este fenómeno se debe a que las expectativas de movilidad social a través de la educación que distinguían a nuestro país del resto del continente son –al menos hoy– material para la nostalgia. Parte se debe a un efecto de las tecnologías de la información. Provocan en nuestros jóvenes una sensación de sobreabundancia y hastío de información disponible antes de que puedan desarrollar un criterio selectivo acorde a sus intereses. Generan entre sujeto e información una relación que excede el hedonismo: tanta información tan a mano (tan incorporado el hábito de buscar en Google, copiar y pegar del primer resultado sin siquiera leerlo), le resta sentido a cualquier esfuerzo adicional. Salvo que un hecho –un truco, una pregunta, una *experiencia*– les enrostre los límites de ese mundo. Sin recetas, me temo. Improvisar, jugar con la información, asociar el discurso académico con fragmentos de otros más familiares para ellos sin resignar nivel intelectual. Ese es el desafío.

Por supuesto, no hay recetas universales. Pero algo podemos afirmar aún para estas generaciones adictas al *msn* y los mensajes *sms*, nada opaca la potencia de la experiencia. No es lo mismo jugar al fútbol que jugarlo en la *playstation*, no es lo mismo el sexo que el cybersexo, no es lo mismo ir al cine que verlo en video. No es lo mismo escuchar hablar acerca de lejanos e indigestos conceptos que toparse con ellos y comprobar su vigencia. Bien, ¿Cómo se enciende entonces